Mario Liverani

EL ANTIGUO ORIENTE

Historia, sociedad y economía



CRÍTICA

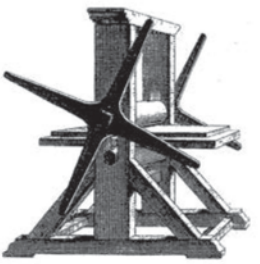
MARIO LIVERANI

EL ANTIGUO ORIENTE

Historia, sociedad y economía

Traducción castellana de
JUAN VIVANCO

Revisión de
JOAQUÍN M.ª CÓRDOBA
Departamento de Historia Antigua
Universidad Autónoma de Madrid



SERIE MAYOR

Primera edición: 1995
Primera edición en esta nueva presentación: noviembre de 2026

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estará contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayude a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: Antico Oriente: Storia, società, economia

© Gius. Laterza & Figli, 1988, 2011
Todos los derechos reservados

Traducción de Juan Vivanco, 1995

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-936-2
Depósito legal: XXXXXXXX
Printed in Spain - Impreso en España



1. EL ANTIGUO ORIENTE COMO PROBLEMA HISTÓRICO

1. La imagen mítica

Las culturas históricas preclásicas de Oriente Próximo se han reconstruido gracias a la documentación arqueológica y textual proporcionada por las excavaciones realizadas en aquellas regiones desde hace más de un siglo. Antes de las excavaciones se hallaban en el olvido no sólo las vicisitudes históricas y los rasgos culturales de muchos de estos pueblos, sino incluso su nombre, por no hablar de sus lenguas y escrituras. Su redescubrimiento es una de las principales, si no la principal, aportación a los conocimientos históricos modernos, y este fenómeno, lejos de haberse agotado, sigue ofreciendo a buen ritmo nuevos descubrimientos que obligan a una revisión, o proporcionan la primera versión de fases históricas cuya duración y complejidad no es irrelevante.

Sin embargo, en la cultura europea siempre ha habido cierta «memoria» del panorama histórico del antiguo Oriente, pero nos ha llegado por unos canales que le han conferido un carácter en cierto modo mítico, es decir, absoluto y preconcebido, en vez de histórico y documentado. Dado que los mitos son tenaces y con frecuencia pasan inadvertidos, su influencia sigue notándose, hasta cierto punto, en los estudios históricos más o menos recientes. Antes de dar un repaso a las tendencias historiográficas actuales es, pues, conveniente hacer una mención rapidísima pero crítica de estos mitos.

El principal canal que ha conservado a través del tiempo (sin interrupción) una memoria histórica sobre el antiguo Oriente es el Antiguo Testamento. Este conjunto de escritos, de distintas épocas y características, pero muy homogeneizados por la intención ideológica de sus recopiladores y redactores, está vinculado a la difusión de religiones —la hebrea y la cristiana— que surgieron en el antiguo Oriente, pero han traspasado sus límites, tanto espaciales como cronológicos. Este vínculo, por un lado, ha permitido la supervivencia, en medio del naufragio general, de las literaturas orientales antiguas (que han tenido que ser descubiertas, y sólo en parte, mediante la investigación arqueológica); por otro, les ha atribuido una autoridad y un carisma de «verdad» (libros sagrados, revelación divina) que durante mucho tiempo ha sido aceptado por la cultura europea sin revisiones sustanciales. La convicción o la sensación de unicidad y diversidad del pueblo de Israel como pueblo elegido se ha transmitido en parte a las culturas históricas citadas en el Antiguo Testamento —desde los asirios hasta los caldeos, pasando por los cananeos o los filisteos—, tam-

bién ellas partes instrumentales (en manos de la voluntad divina) de una historia de la salvación del género humano en sus fases iniciales.

El propio descubrimiento arqueológico del antiguo Oriente fue, al principio, un intento de recuperar datos e imágenes del llamado «ambiente histórico» del Antiguo Testamento. Luego, cuando la crítica histórica y textual se aplicó a los textos del Antiguo Testamento, se prodigó con el fin de demostrar la veracidad sustancial del texto sagrado, es decir, de documentar, por decirlo con una famosa expresión de evidente brutalidad ideológica, que «la Biblia tenía razón». Y, de hecho, la mayoría de las investigaciones arqueológicas que en el pasado se realizaron en la región estuvieron motivadas por su importancia (verdadera o falsa) para la exégesis del Antiguo Testamento, y gracias a ello contaron con financiación y propaganda. La mayor parte de los eruditos implicados (filólogos, historiadores y arqueólogos) estaban motivados por el hecho de ser judíos, pastores protestantes o, en menor medida, sacerdotes católicos. No eran, pues, imparciales (al margen de su integridad intelectual subjetiva), ya que no les daba igual el resultado de sus investigaciones, que podía confirmar o echar por tierra los propios fundamentos de su visión del mundo. Durante el último siglo, la corriente «laica» se ha abierto trabajosamente camino, siempre enzarzada en polémicas y controversias que se apartan del campo histórico, desde la decimonónica «Babel und Bibel» hasta las recientes polémicas sobre Ebla.

El otro canal de supervivencia de datos e imágenes sobre el antiguo Oriente en la cultura europea son los autores clásicos, representantes de un mundo (primero helénico, luego helenístico y más tarde romano) contemporáneo y en cierto modo contrapunto de las civilizaciones orientales en su fase más tardía. A partir de Heródoto se afianzó una imagen y un uso de Oriente como lugar geométrico de los elementos de polaridad con respecto al Occidente «nuestro». Es así como se consolidaron los mitos del despotismo oriental (opuesto a la democracia occidental), el inmovilismo tecnológico y cultural (opuesto al progreso acumulativo de las civilizaciones europeas), y la sabiduría oculta y mágica (opuesta a la ciencia laica y racional de los griegos y sus herederos). El paso de esta antropología de la contraposición a una antropología de la diversidad y el hecho histórico (en la que cada cultura es distinta de las demás, incluyendo la nuestra, en una posición no privilegiada) se ha dado o se está dando todavía, siguiendo un trabajoso recorrido que se enmarca en la trayectoria general del historicismo y el relativismo cultural, característicos de la cultura moderna. Y si parece que por fin se ha conseguido acabar con esta mitología de lo distinto como opuesto, no es tanto porque se haya renunciado al mito, sino más bien porque se le ha desplazado, tal vez al ámbito extraterrestre o del futuro, que han ocupado el lugar de lo oriental y lo antiguo, lo bastante conocidos ya como para impedir que en ellos se pueda situar la utopía o el antimodelo.

Pero, al aumentar los conocimientos, otros mitos han ocupado el lugar de los antiguos. Me refiero, sobre todo, a esa versión moderna del mito de los orígenes, que consiste en ver el antiguo Oriente como «cuna» o «alba» de la civilización, lugar en el que por primera vez se pusieron a punto los medios tecnológicos y las formas organizativas de esa elevada cultura que, con sus correspondientes modificaciones y mejoras, ha llegado hasta nosotros. No es casualidad que se haya generalizado la costumbre de usar el antiguo Oriente como una de las secuencias privilegiadas que constituyen una especie de eje de la historia universal desde una visión eurocéntrica, al que siguen el modelo griego, el mundo romano, la Europa medieval cristia-

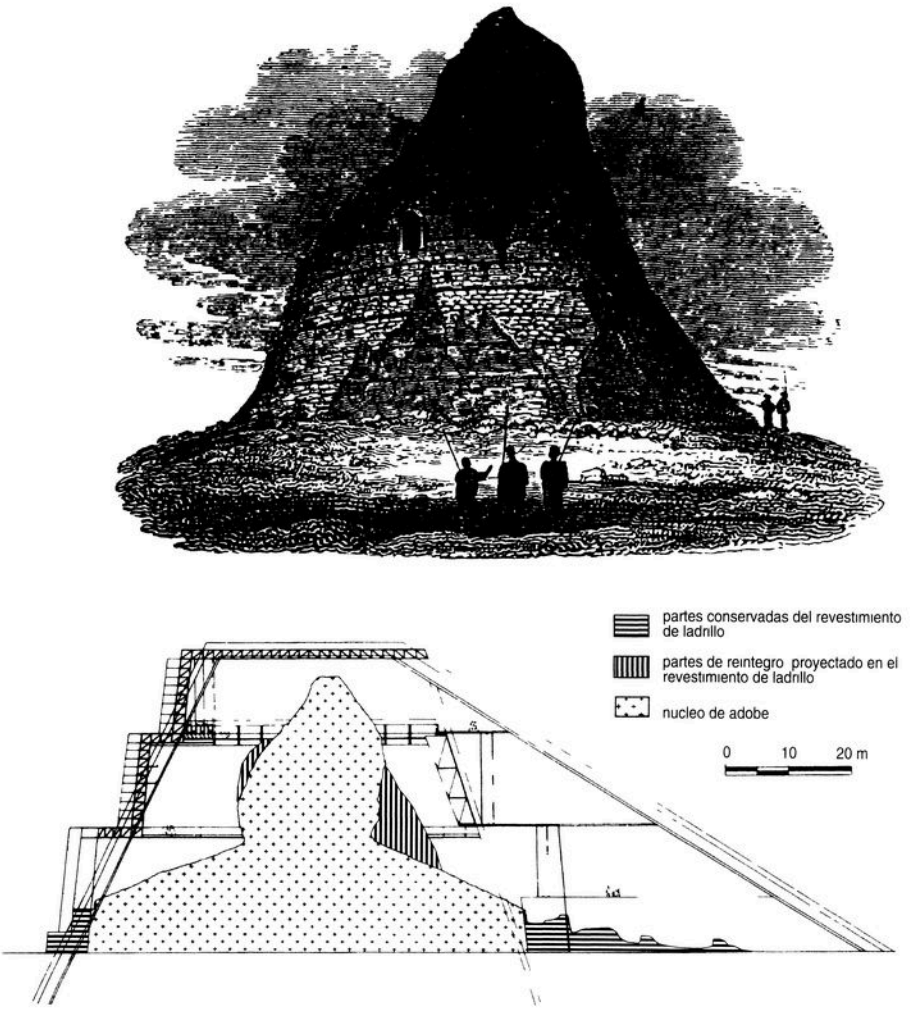


FIGURA 1. El cambio en la apreciación occidental de las antigüedades de Oriente Próximo. *Arriba,* la *ziqqurat* de Aqar Quf, que para los viajeros de los siglos XVIII y XIX era la «torre de Babel». *Abajo,* proyecto reciente de restauración de la misma *ziqqurat*, con estructuras metálicas para el acceso de los turistas.

na y la Europa occidental moderna. Por un lado, este eje tiende a dar un sentido unitario y acabado al desarrollo histórico en su progresión hacia nosotros; por otro, implica inevitablemente la marginación de otras experiencias históricas, que se quedan fuera y se consideran irrelevantes, sin evolución posible.

Este planteamiento tiene algo de verdad, pero no deja de ser peligroso. Algo de verdad, porque no cabe duda de que una serie de fenómenos que forman las civilizaciones complejas (el origen del estado, de las ciudades, de la escritura, etc.) se dieron

por primera vez en el antiguo Oriente, y la cadena de su transmisión hasta nosotros, aunque es complicada, se puede reconstruir. El peligro y el equívoco están en plantear una «monogénesis» de la alta cultura, que tuvo distintos focos y recorridos alternativos, y en quitar importancia a los continuos cambios que se producen en las instituciones, las tecnologías y las ideologías al cambiar su contexto histórico. Los fenómenos históricos no se originan de una vez por todas, sino que siempre se adaptan a la estructura de la sociedad en la que se producen. Por lo tanto, el presunto origen es sólo uno de los eslabones de la cadena (entre muchos eslabones de muchas cadenas) que debemos reconstruir en toda su extensión, ni breve ni unívoca. Sobre todo cuando la ampliación del horizonte cultural internacional y la revolución en los sistemas de transmisión de ideas y conocimientos nos obligan a salir del cascarón egocéntrico para conocer experiencias y recorridos que hasta ahora habían sido objeto de otros etnocentrismos.

Desde luego, el eslabón del antiguo Oriente no es el «originario», porque a su vez estuvo precedido de otras fases pre y protohistóricas, tan esenciales como él en el *continuum* del desarrollo. Es sólo uno de tantos, y similar a cualquier otro eslabón, incluyendo los que no forman parte del eje principal que ha establecido la historiografía occidental moderna. Pero también debe ser objeto de una atención especial, ya sea por su crucial colocación histórica, como umbral e inicio de importantes procesos que formaron las sociedades de estructura compleja, ya sea por su papel privilegiado basado en mitos y realidades que forman parte de nuestra cultura y deben ser objeto de crítica y aclaración, sin por ello desconocerlos o desterrarlos de nuestra memoria de una forma demasiado simplista.

2. Las tendencias historiográficas

La historiografía moderna sobre el antiguo Oriente ha descartado ya las motivaciones de carácter mítico que hacían de ella un caso único (por razones teológicas, por una tipificación antropológica, o por una cuestión de primacía «originaria»), y está claramente enfocada, por lo menos en sus orientaciones más conscientes, a una normalización, o si se quiere a una trivialización de esta fase histórica, analizada y valorada del mismo modo que las otras fases y los otros ámbitos culturales. La normalización implica el abandono de simplificaciones fáciles (y a veces atractivas), ampliando la perspectiva para así reconstruir globalmente la historia de las sociedades del antiguo Oriente —partiendo de las bases ambientales y materiales, pasando por la estructura económica, social y política, para desembocar en las motivaciones ideológicas y la imaginación simbólica— y restableciendo entre sus distintos componentes toda la red de interconexiones y motivaciones que las hacen comprensibles, en la medida en que unas dependen de otras.

Todo ello está condicionado, de forma positiva y negativa, y en cualquier caso diferenciadora con respecto a otros sectores históricos antiguos (sobre todo clásicos), por dos factores: uno de ausencia y otro de presencia. La ausencia es la de una historiografía antigua que proporcione el rastro, el hilo conductor para nuestra reconstrucción. Esta ausencia (no total, pero sustancial) es un hecho a la postre fecundo, porque obliga a seguir un rastro con criterio responsable, en vez de acomodarse perezosamente a un guión ya existente, sin duda muy ideologizado, tendencioso y

reductor: ya vemos que cuando existe dicho guión (como en el caso de la historia grecorromana), gran parte del trabajo histórico moderno se limita a una exégesis de la historiografía antigua. La historia del Oriente Próximo preclásico se reconstruye *ex novo* sobre la base de una documentación que es toda ella verdaderamente primaria, no por mediación de la obra de un historiador exterior y posterior a los hechos (aunque más cercano a ellos que nosotros). Y aquí interviene el dato de presencia, la de la documentación de carácter administrativo (además de comercial y jurídico, y en general de archivo) que a veces ha llegado hasta nosotros en copias de gran interés, por el hecho trivial pero esencial de que el material empleado para escribir, las tablillas de arcilla, ha resistido los incendios y el enterramiento mucho mejor que otros materiales usados más tarde y en otros lugares (papiro, pergamino, papel). Este dato de presencia, evidentemente positivo, tiene el inconveniente de estar todavía en pañales: todos los años nuevas excavaciones, tanto regulares como clandestinas, recuperan nueva documentación y obligan —pese al grave y cada vez mayor retraso en la publicación de documentos inéditos— a revisar completamente capítulos enteros de historia, de una forma cada vez más segura y detallada.

Así pues, la falta de un rastro historiográfico antiguo, el estado todavía fluido de la edición documental, y los rápidos pero aún recientes progresos tanto de los conocimientos filológicos como de los métodos de excavación, hacen que la historia del antiguo Oriente sea una materia joven, bastante libre de condicionamientos tradicionales y abierta a nuevos campos de conocimiento. El aspecto negativo de esta situación no es tanto la rapidez con que el trabajo se queda desfasado (lo cual, en realidad, es señal de un progreso acelerado), sino lo condicionado que está por las disciplinas especializadas, necesarias para acceder a la documentación, y la preocupación preponderante por la edición primaria de los datos, tanto arqueológicos como textuales. La mayoría de los investigadores dedicados al estudio del Oriente Próximo antiguo están volcados en la obtención y publicación de nuevos materiales: se trata, pues, de arqueólogos y filólogos. Casi no hay historiadores propiamente dichos —diferenciados de las otras dos categorías—, y si acaso Italia, en este sentido, es una positiva excepción. Por consiguiente, la historia que va emergiendo está anclada a un estricto nivel filológico, se ciñe a la documentación (¿esperando quizá que ésta hable por sí sola?) en vez de buscar problemas y temas interpretativos por los que guiarse. Las historias generales de antiguo Oriente que se han publicado hasta ahora son una demostración palpable de lo anterior, pues se limitan a elevar a un nivel de síntesis general la situación existente a nivel de estudios analíticos.

Pero este retraso historiográfico contrasta con unas posibilidades enormes, que en época reciente han empezado a encontrar aplicación. Precisamente, la falta de tradiciones historiográficas y la continua afluencia de documentación nueva hacen posible una muy rica experimentación de métodos, que a veces roza la más ingenua y desenfrenada improvisación. El eclecticismo y la adopción de propuestas elaboradas en otros casos (para otras fases históricas, cuando no para situaciones antropológicas completamente distintas) implican un grave riesgo de malentendidos y superficialidad; sin embargo, hay que considerarlos positivos —por lo menos en esta fase que podríamos llamar «preparadigmática»— por el potencial de fecundidad y rejuvenecimiento que encierran. Se puede decir que no hay instrumento analítico ni temática historiográfica más o menos reciente que no haya sido aplicada al antiguo Oriente: desde el análisis espacial de tipo neogeográfico hasta el análisis estructural

del relato, pasando por los estudios de aculturación, de frontera, de los modos de producción y sistemas de intercambio, la antropología económica, la historia de las mentalidades, la estructura del mito, el discurso político, los esquemas de poblamiento, la semántica histórica, la teoría de los sistemas, los mapas mentales, y así sucesivamente. Esta fase de experimentación salvaje tendrá que asentarse tarde o temprano y trazar unas líneas de investigación más coherentes, hasta sedimentar en una historiografía «paradigmática» más madura y menos azarosa. Pero ya se ha logrado el primer objetivo esencial de proporcionar un cuadro histórico mucho más rico que la esclerosis a la que una tradición demasiado fuerte conduce todavía a otros sectores de la historia antigua.

Oriente Próximo, ante todo, es un campo historiográfico «fronterizo», una situación muy propicia para experimentos de todo tipo. La complejidad documental y, particularmente, la complementariedad de los datos arqueológicos y textuales, inducen de forma casi natural a una reconstrucción global (de la cultura material a la ideología) que desde hace tiempo debería caracterizar a la obra de los historiadores, pero rara vez sucede así. El historiador del antiguo Oriente se ve obligado a convertirse en arqueólogo de campo y filólogo, en una medida desconocida por otros sectores, que se enfrentan a competencias más parceladas y a una cadena productiva más consolidada.

En particular, la reconstrucción de las fases protohistóricas —la difícil tarea de reconstruir sociedades complejas basándose en una documentación no escrita— ha sido un estímulo para que se barajaran de forma coordinada todos los rastros documentales y todos los apoyos contextuales posibles: datos ecológicos, edafológicos, paleobotánicos, arqueozoológicos, cotejo etnoarqueológico y tecnología experimental, además de las depuradas técnicas de la excavación prehistórica (estratigráfica y «abierta» al mismo tiempo), y la complejidad de la antropología social, política y económica. Los resultados, si por un lado permanecen al margen de la historia en sentido estricto (porque la falta de textos cierra prácticamente el paso al acontecimiento), por otro se aventuran hacia una «neohistoria» con aspiraciones normativas (al igual que las otras neociencias de cuño estadounidense: *New Archeology, New Geography* y *New Economic History*), que tiende a «predecir» el pasado más que a reconstruirlo, y prefiere establecer leyes más que constatar desviaciones. Por último, el empleo de ordenadores brinda la posibilidad (y el riesgo) de la simulación aplicada a los puntos oscuros del pasado, y no ya a las incertidumbres del futuro, con una generación de historiadores «demiurgos» enfrascados en una labor más de creación que de reconstrucción.

Así pues, en varios aspectos la historia del Oriente Próximo antiguo aparece cada vez más como un laboratorio privilegiado para el estudio de ciertos fenómenos de notable interés para la reconstrucción histórica de las sociedades humanas. Cuando hablamos de «laboratorio» nos referimos a un lugar en el que es posible descomponer los fenómenos complejos en sus factores constitutivos, para analizarlos «en vacío», extraer normas y recomponer modelos. Se puede considerar que el antiguo Oriente es un laboratorio privilegiado (no exclusivo, desde luego) porque, al estar situado en el umbral de la historia, tiene que ver con fenómenos que precisamente entonces estaban alcanzando complejidad, pero que permanecen lo bastante alejados de nosotros como para evitar que unos lazos culturales o emocionales nos impidan hacernos una idea cabal del verdadero funcionamiento de los distintos factores. Más allá,

pues, del resultado inmediato de la comprensión del hecho histórico examinado, se abre la posibilidad de aplicar de una forma más amplia los resultados obtenidos para reconstruir mecanismos históricos y antropológicos más generales.

3. Unidad y variedad, núcleo y periferia

La delimitación en el tiempo y el espacio de la historia del Oriente Próximo antiguo (y por consiguiente la delimitación del argumento de este volumen) es un problema tanto práctico como histórico, en su sentido más amplio. Sin duda intervienen cuestiones prácticas, como la competencia sectorial (sobre todo filológica) de los investigadores, o la tradición disciplinaria a la que están acostumbrados. En este sentido el límite alto, inicial, que separa la historia de la prehistoria está claramente relacionado con la aparición de fuentes escritas, que se suman a las meramente arqueológicas; y el límite bajo, final, entre la historia preclásica y la clásica está relacionado con la aparición de las fuentes grecorromanas, diferentes en cuanto a lengua y tipología, y separadas por tradición de estudios de las antiguo-orientales. Lo mismo se puede decir del aislamiento espacial del Oriente Próximo con relación a las regiones que lo rodeaban, que permanecieron durante más tiempo al nivel prehistórico.

Pero estos motivos prácticos están relacionados (y en última instancia producidos) por fenómenos históricos de gran envergadura que no conviene olvidar, para que la periodización histórica no caiga en un exceso de convencionalidad ni llegue al límite de lo artificioso. Los comienzos de la escritura no son un hecho aislado, sino que se enmarcan en los procesos de especialización laboral y diferenciación social, de constitución de unidades administrativas y políticas complejas, de asentamientos humanos más amplios. Es igual que la formación de las ciudades, del estado, de una estratificación socioeconómica, en una palabra, es la culminación del proceso llamado «revolución urbana» (Gordon Childe), que por su envergadura debe ser considerado un hito fundamental en el *continuum* espacio-temporal de la historia. Las culturas del Oriente Próximo antiguo que analizamos aquí surgieron de esta revolución urbana, que se completó hacia 3500 a.C. tras un largo periodo de formación. Antes de ellas, y en torno a ellas, las culturas de nivel prehistórico presentan un nivel distinto (y menos complicado) de agregación política, logros tecnológicos, control social y modo de producción. También la etapa final, que en nuestro caso coincide con la formación del imperio persa (*c.* 500 a.C.), al que le seguirá en breve el helenismo, coincide con un fenómeno histórico de gran envergadura: la inserción plena y definitiva de Oriente Próximo en hechos históricos y formaciones políticas de escala suprarregional —con lo cual resulta completamente inadecuado estudiarlo de forma aislada y se hace necesario ampliar los horizontes.

Pero este primer nivel de aproximación no es suficiente, porque no resuelve el problema de la pluralidad e interconexión de los distintos focos de urbanización. Al núcleo central y precoz de la Baja Mesopotamia se suman otros en Egipto, Irán, Asia central, valle del Indo, Egeo y sur de Arabia (dejando a un lado otros focos bastante similares, aunque no tuvieron relación con los anteriores, como los de China o los de México y Perú). Todas estas zonas presentan unos «caracteres originales» distintos, pero con lazos entre sí, tanto más fuertes cuanto más amplia fuera su dimensión

espacial. Tampoco debemos subestimar las franjas intermedias, en este caso quizá más enrarecidas en cuanto a consistencia demográfica y ritmos históricos, pero con un importante papel fronterizo, además de formar reservas humanas y tecnológicas indispensables para la comprensión de los propios núcleos urbanizados. Una visión selectiva destaca ante todo la peculiaridad de los caracteres específicos de la zona elegida, pero no se puede negar el atractivo de una visión más amplia, que destaque el policentrismo y las interconexiones.

Si en este volumen se ha optado por una perspectiva restringida —que incluye el núcleo bajomesopotámico con sus obvios complementos altomesopotámico, siropalestino, anatólico, armeniotranscaucásico e iraní occidental—, es sobre todo por razones de competencia personal y por las limitaciones del propio volumen. Pero esta elección no pretende en modo alguno resaltar un «imperialismo» regional, y sólo mantiene su validez histórica si se tiene muy en cuenta, con una visión progresivamente difuminada pero siempre esencial, el transpaís formado por los otros centros focales, por las zonas que hemos llamado fronterizas y de reserva, además de la red de interconexiones que todo lo relaciona y fecunda.

El área del Oriente Próximo así circunscrita tampoco es compacta en su interior, ni se puede delimitar netamente. Los límites son precisos al oeste (Mediterráneo) y al noroeste (mar Negro), más imprecisos, aunque profundos, al norte (Cáucaso, estepas de Asia central) y al sur (desierto de Arabia) y más abiertos al este (meseta de Irán, golfo Pérsico). Y el límite «alto» de la periodización (es decir, la urbanización) aparece en distintos momentos según las zonas, de modo que la difuminación geográfica y la histórica se compenetran entre sí, y también con respecto a la fragmentación interna. Sin duda, toda la región se mantiene unida por unos lazos culturales, políticos y comerciales muy fuertes, pero cada zona mantiene siempre unos rasgos originales muy marcados, que permiten distinguir lo específicamente sirio de lo centroanatólico, o lo bajomesopotámico de lo elamita, y así sucesivamente. Así pues, en el interior de la región se reproduce en términos más circunscritos esa polaridad entre compacidad y diversidad, núcleo y periferia, peculiaridad e interconexión que hemos visto (de una forma más marcada) en el «amplio» horizonte que va del Egeo y Egipto al valle del Indo, de Asia central al sur de Arabia.

Se puede hacer un razonamiento similar en sentido diacrónico: todo el largo periodo (tres milenios, de 3500 a 500 a.C.) estudiado en este volumen tiene una continuidad y compacidad, conferidas sobre todo por la consolidación y penetración progresiva del modelo urbano y del estado palatino. Pero tampoco faltan *hiatus*, a veces traumáticos (por irrupción o resurgimiento del modelo no urbano y no palatino), ni las diferenciaciones por fases (y por «siglos»), fáciles de reconocer en el prolongado proceso de enriquecimiento y elaboración de los datos culturales. A menudo estas fases están tan marcadas que hacen que prevalezca una imagen compacta y cronológicamente delimitada sobre las imágenes regionales concretas, consideradas en diacronía larga. En conjunto, los límites espaciales y cronológicos de este volumen pretenden valorar ante todo la unidad histórico-cultural del antiguo Oriente, mientras que la subdivisión en capítulos hace un repaso de las articulaciones y originalidades, tanto espaciales como cronológicas, cuya interacción da como resultado el «juego» del conjunto.

Además de la complejidad en el tiempo y el espacio, tenemos las complicaciones y variables internas, de medio social, de recursos económicos y técnicos, de partici-

pación política. Algunas de estas variables, como la oposición entre nómadas y sedentarios o entre campo y ciudad, configuran una serie de puntos nodales muy próximos entre sí, pero que siempre se pueden situar en el espacio —un espacio en el que, pese a la baja densidad de población, coexisten a distancias mínimas modos de vida y equipamientos materiales muy distintos. Pero también hay una red de «fronteras invisibles» (que no se pueden trazar en un papel, porque atraviesan y separan lugares culturales, más que geográficos), que es el resultado de la coexistencia, la interacción y el conflicto entre distintas ideologías.

Por último, en el terreno práctico —que no conviene olvidar— también hay una serie de «fronteras documentales», que hacen que ciertos fenómenos emerjan más y mejor que otros, además de resaltar y distorsionar partes de la imagen que tenemos del antiguo Oriente, y condenar al olvido a sectores enteros. Un mundo que fue sobre todo de aldeas y economía agropastoral, filtrado primero por la parcialidad de la documentación antigua, y luego por la parcialidad del interés moderno, aparece ante nosotros más bien como un mundo de ciudades, palacios y artesanía artística; un mundo que fue analfabeto en un 90 por 100 (por no decir en un 99 por 100) es conocido por sus escritos y sus literaturas; un mundo que se debatió en la penuria endémica (de comida, de recursos, de trabajo y de hombres) se nos presenta más bien como un paraíso de «civilización», entendida en un sentido abstracto. La historiografía moderna tiene la importante tarea de equilibrar las imágenes, dotando a la reconstrucción histórica de ciertas dosis de realismo, por lo menos cuantitativo, además de hacer una valoración cualitativa del conjunto para darle un sentido y hacerlo comprensible.

4. El problema cronológico

A un nivel más técnico, conviene hacer ciertas precisiones acerca de la cronología antigua y los métodos empleados para reconstruirla. El lector de historias del antiguo Oriente enseguida advierte la existencia de dos tipos de dataciones. Hay una datación arqueológica, caracterizada por cifras redondas (como por ejemplo «Gasuliense, *c.* 3700-3300 a.C.», «periodo Acadio, siglos XXIV-XXIII a.C.» o «Bronce Tardío III A, 1365-1300 a.C.»), y una datación más propiamente histórica, con cifras precisas (como «Senaquerib, 704-681 a.C.», o «III dinastía Ur, 2112-2004 a.C.») pero variables de unos textos a otros (por ejemplo, para Hammurabi encontramos 1792-1750, o bien 1848-1806, o bien 1728-1696), lo cual plantea el problema del valor real de estas indicaciones.

Nos encontramos frente a dos procedimientos distintos de datación, que en principio son complementarios entre sí; pero en realidad una de ellas prevalece para los periodos pre y protohistóricos, y la otra para las fases históricas. El procedimiento arqueológico tiene caracteres objetivos y científicos, y tiende a reconstruir la ubicación cronológica de los hallazgos antiguos (o mejor dicho, su ubicación en el contexto del yacimiento), unos con respecto a otros, y con respecto al presente (fechas B.P., *before present*). El procedimiento histórico es de carácter cultural, y tiende a reconstruir los antiguos sistemas de datación y las antiguas secuencias cronológicas, para relacionarlos después con nuestro sistema y nuestra secuencia, de modo que sean accesibles. Para ambos procedimientos, el primer paso consiste en ubicar los elementos

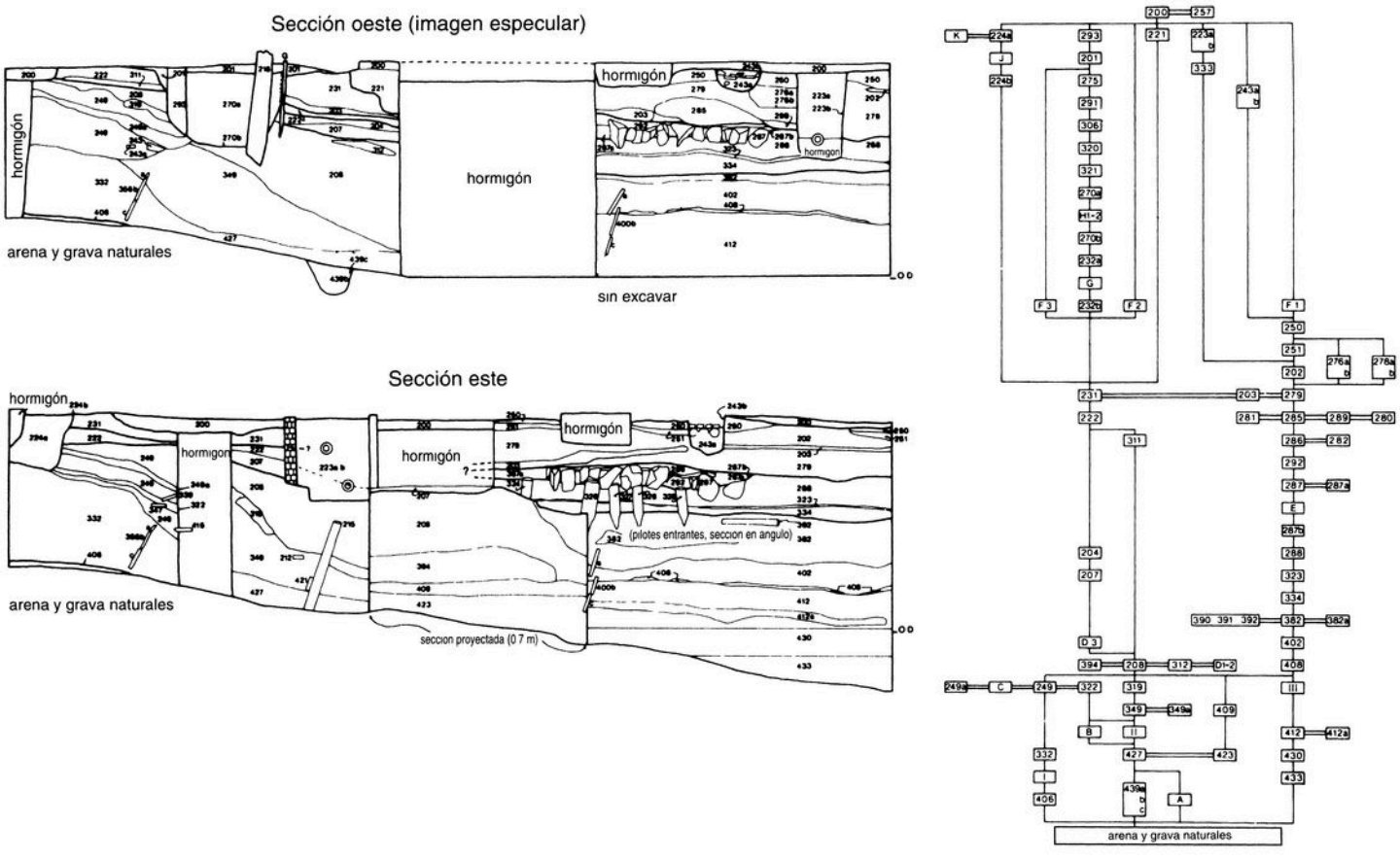


FIGURA 2. Ejemplo de estratigrafía dibujada *(arriba)* y formalizada según la «matriz de Harris» *(derecha)*.

a datar en una relación recíproca de anterioridad y posterioridad, o también de contemporaneidad (cronología relativa); un segundo paso es anclar la secuencia de relaciones así obtenida en uno o varios puntos fijos, transformándola en una secuencia de fechas (cronología absoluta) —fechas que pueden tener una precisión de siglos, decenios, años o incluso días, según el detalle que permita la documentación.

La cronología arqueológica relativa tiene como base fundamental la estratigrafía vertical de las excavaciones. Otros métodos que en el pasado pudieron haber proporcionado datos importantes (estratigrafía «horizontal» en las necrópolis, y sobre todo clasificación tipológica de los hallazgos) tienen una función subsidiaria y limitada. Gracias a la excavación estratigráfica se pueden distinguir los episodios concretos de acumulación (o «deposición») del terreno, aislar los materiales contenidos en cada nivel (o en cada capa, dentro de cada nivel), y establecer relaciones físicas entre los distintos episodios de deposición (del tipo «corta», «cubre», etc.) que se puedan traducir en relaciones diacrónicas. Las relaciones así obtenidas se sitúan en retículos de conjunto que reproducen en términos gráficos simplificados toda la secuencia de intervenciones a lo largo de un tiempo —ya sean voluntarias (edificaciones, colocación de objetos, episodios de destrucción, etc.) o de hecho (vertido de desechos, acumulación eólica, aluviones, etc.). La «matriz de Harris» es una elaboración teórica más rigurosa de este procedimiento, a la que recurren —tal vez de un modo más empírico— todos los arqueólogos que trabajan en Oriente Próximo. Comparando las secuencias así obtenidas para cada zona de excavación, se reconstruye la estratigrafía de un yacimiento. Y comparando entre sí las secuencias de varios yacimientos se obtiene una estratigrafía comparada y una cronología relativa (de carácter arqueológico, es decir, referente sobre todo a la cultura material) de toda una región o de todo un periodo, hasta llegar a la secuencia que abarque a todo Oriente Próximo para todas las fases históricas y prehistóricas.

Esta cronología arqueológica relativa se puede convertir en absoluta de dos maneras: 1) el hallazgo en un nivel de documentos escritos puede permitir que la secuencia estratigráfica se ponga en conexión con la cronología histórica antigua, que examinaremos más adelante; 2) existen métodos de análisis físico-químico que permiten datar algunos materiales, sobre todo los orgánicos (retrocediendo desde la fecha actual). Algunos métodos que resultan útiles para las fases más antiguas de la prehistoria (como la termoluminiscencia), son demasiado imprecisos para las fases protohistóricas e históricas, para las que en cambio se emplea con éxito el carbono 14, mientras cada vez son más relevantes las aportaciones de la dendrocronología. El método del carbono 14 se basa en el hecho de que un isótopo radiactivo del carbono (C 14), que se halla en toda la materia orgánica viva en una proporción conocida, se va consumiendo poco a poco después de la muerte del organismo, y se reduce a la mitad al cabo de 5.568 años, según Libby (*lower half-life*). Si se mide la cantidad de C 14 que queda en un resto orgánico, se puede establecer la fecha de su «muerte» con una aproximación que depende de las condiciones y la precisión del análisis (por eso las fechas al C 14 siempre van seguidas de una precisión: «± 50», «± 100», o simplemente van precedidas de ± para recordar que la «fecha» en realidad indica un punto focal de aproximación). Las fechas pueden ser más o menos precisas y fiables (e incluso equivocadas si proceden de material contaminado por contacto con otro material orgánico o por inmersión en ciertos tipos de suelos) y útiles en sus indicaciones: por ejemplo, las fechas de cereales carbonizados encontrados en el suelo

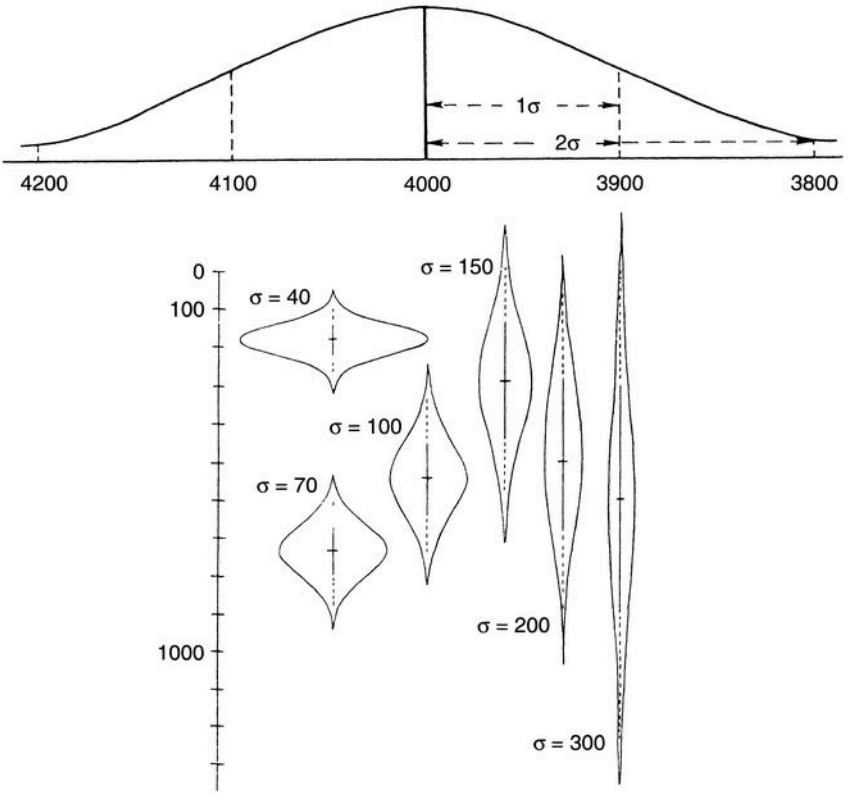


FIGURA 3. Aproximación de las dataciones con carbono 14. Una datación «4000 B.P. ± 100» significa que la fecha «verdadera» tiene el 68 por 100 de probabilidades de encontrarse en el periodo 4100-3900, y el 95,5 por 100 de encontrarse en el periodo 4200-3800. *Arriba*, la curva «normal» o «de Gauss» expresa gráficamente esta aproximación al cubrir una superficie proporcional a las probabilidades. *Abajo*, el mayor o menor grado de aproximación (sigma = error estándar) es visualizado por una curva de Gauss doble y contrapuesta. En su interior, la marca indica la fecha central convencional, el trazo continuo ± 1σ, el discontinuo ± 2σ, la unión de las curvas está a ± 3σ.

de un edificio destruido por un incendio suelen ser las más precisas, y se refieren al momento de la destrucción, mientras que las fechas de las vigas carbonizadas del mismo edificio se refieren al momento de su construcción, aunque esto tampoco es exacto, porque pueden haber sido utilizadas bastantes años después de que se cortara la madera. De todos modos, un buen número de fechas C 14 que coincidan para el mismo nivel proporcionan una datación muy segura.

La dendrocronología se basa en el hecho de que el grosor de los anillos de crecimiento anual, bien visibles en el corte de un tronco de árbol, es proporcional a la humedad absorbida por el árbol durante ese año (es decir, prácticamente a las precipitaciones), y por lo tanto homogénea en los distintos árboles de la misma zona para cada año. De esta forma, las secciones de troncos se pueden traducir en gráficos que

registran las oscilaciones de las precipitaciones siguiendo una pauta fija (sea cual fuere el árbol cortado) para los mismos años. Esta pauta se puede reconocer y aplicar a otros troncos. Partiendo de secuencias obtenidas de troncos de árboles vivos (cuya datación final se conoce), y retrocediendo en el tiempo al solaparlas con las de troncos más antiguos (vigas de palacios, iglesias, mezquitas, etc.), se ha establecido, también en el caso de Oriente Próximo, toda la secuencia que se remonta al umbral de la edad clásica. Tras un *hiatus* de varios siglos, hay otra secuencia para Anatolia que se remonta a la Edad del Hierro (y hasta el Bronce Tardío), basada sobre todo en troncos encontrados en los túmulos funerarios frigios de Gordion. Cuando esta «secuencia de Gordion» (y otras posibles secuencias obtenidas a partir de los sarcófagos de madera egipcios) se una a la principal, que está datada con exactitud, y se pueda prolongar hacia atrás en el tiempo, se tendrá una cronología muy exacta (año por año), aunque sólo se pueda obtener a partir de determinados restos (los troncos, aunque estén carbonizados), y por lo tanto servirá sobre todo para datar los edificios construidos con esos troncos.

En espera de que la dendrocronología tenga un impacto directo en la cronología histórica de Oriente Próximo, su impacto indirecto ha sido ya muy importante. Efectivamente, el análisis del C 14 aplicado a troncos datados con precisión gracias a la dendrocronología ha desvelado que las fechas obtenidas eran sistemáticamente más altas para los periodos más recientes, pero demasiado bajas para los periodos más antiguos (sobre todo entre 2000 y 7000 a.C., es decir, precisamente en las fases pre y protohistórica): el índice de reducción progresiva del C 14 no ha sido homogéneo a lo largo del tiempo, sino que ha experimentado amplias fluctuaciones que la dendrocronología ha permitido descubrir. Hoy las fechas obtenidas mediante C 14 se pueden calibrar mejor para ajustarlas a la realidad, aunque se obtengan a partir de materiales que no sean troncos y pertenezcan a periodos no cubiertos por una secuencia dendrocronológica datada (en Oriente Próximo). No se trata de diferencias pequeñas: por ejemplo, una misma muestra (que se remonta al principio del periodo 'Ubaid Tardío) está datada de ± 4133 con la *lower half-life*, de ± 4322 con la *higher half-life*, y de ± 5072 con el calibrado. Dado que el calibrado todavía no ha sido precisado para las edades prehistóricas más antiguas, los laboratorios siguen indicando convencionalmente fechas B.P. según la *lower half-life*. Esta cronología convencional se recoge en el presente volumen, con la advertencia de que las fechas «calendariadas» (es decir, reales) son más altas (hasta un milenio más), sobre todo si nos remontamos más atrás del año 2000 a.C.

Esta cronología de base arqueológica y físico-química debe ser integrada y precisada para los periodos propiamente históricos mediante la cronología «cultural» que se desprende de los textos. Cada cultura siente la necesidad de establecer su cronología, con fines no tanto (y no inicialmente) historiográficos, como jurídicos y administrativos, para relacionar con su presente la conservación y utilización de actos jurídicos y actas administrativas. Para ello se recurre a las «eras», secuencias temporales con un año inicial conocido. Nuestra secuencia (que es la era cristiana, es decir, el cómputo a partir del año del supuesto nacimiento de Jesucristo) se utiliza desde hace tanto tiempo, incluso de forma retroactiva (fechas «antes de Cristo» además de las «después de Cristo»), que casi hemos perdido la noción de que se trata de una era entre todas las posibles y entre muchas más, utilizadas al mismo tiempo (en ámbitos no cristianos y también cristianos) y con anterioridad. En el antiguo Oriente las eras

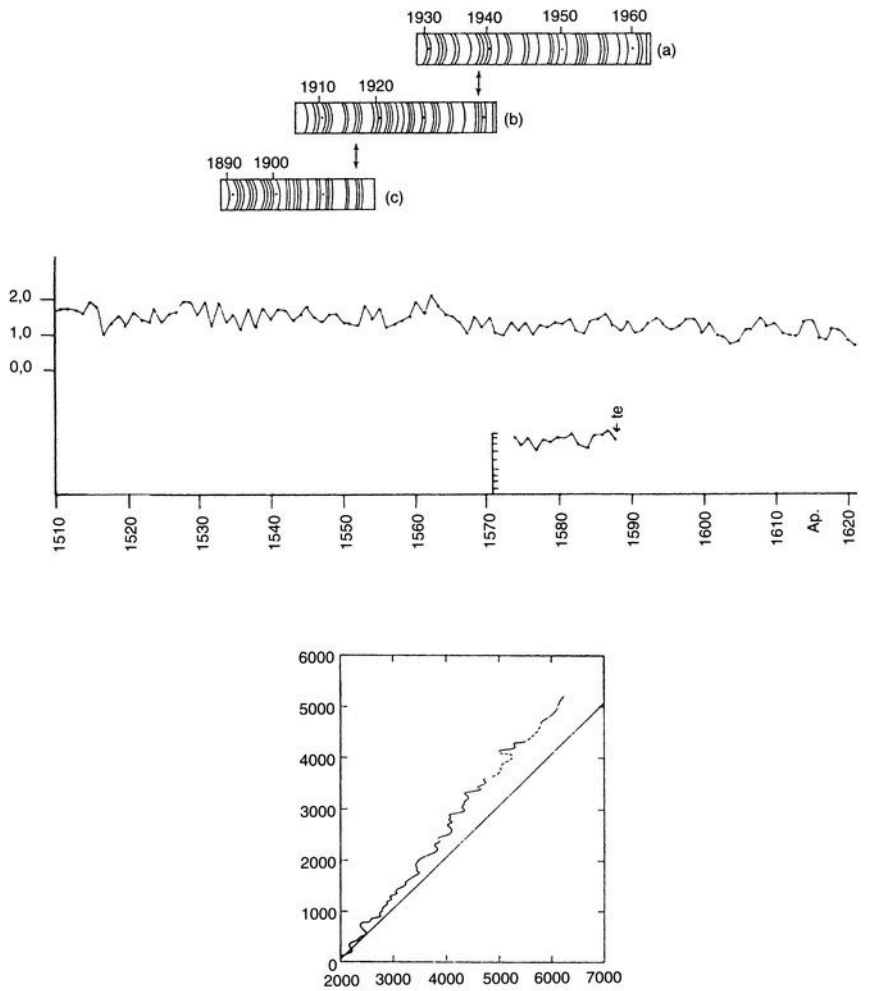


FIGURA 4. Dendrocronología y calibrado del C 14. *Arriba*, principio de la dendrocronología: a partir de una secuencia de anillos de datación conocida (de un árbol vivo) se retrocede por solapamiento con secuencias cada vez más antiguas (de árboles muertos), obteniendo la datación exacta. *Centro*, diagrama dendrocronológico: en ordenadas el grosor de los anillos (en milímetros), en abscisas los años (aquí: después de Cristo). Una secuencia corta está situada en el tiempo de modo que se aprecie el tramo de superposición. *Abajo*, calibrado de las dataciones con C 14. En ordenadas las fechas «calendariales» (reales) obtenidas por dendrocronología (aquí: fechas antes de Cristo); en abscisas las fechas al C 14 (reducción a la mitad en 5568 años) calculadas a partir del presente («B.P.»).

eran bastante cortas y solían referirse a la coronación de un monarca reinante en ese momento, por lo que variaban de unas ciudades a otras, de unos reinos a otros. Hoy, para poder utilizar la datación que encontramos en los textos antiguos, debemos reconstruir la complicada red de las secuencias dinásticas en cada reino. Un documento datado con exactitud, por ejemplo «día 4, mes III, sexto año de Nabucodonosor», se queda flotando en el tiempo si no logramos conectar la era antigua (= el reinado de Nabucodonosor) con la nuestra. Por suerte, nuestro problema no difiere sustancialmente (aunque su alcance y fines sean distintos) del problema de los antiguos escribas y archiveros, quienes también debían poner orden en las distintas eras y dataciones de su pasado reciente que aún aparecían en sus documentos. Para ello recurrieron a métodos que podemos aprovechar nosotros.

En Mesopotamia se identificaban los años de tres maneras: 1) con un funcionario epónimo (*līmu*), sistema utilizado en Asiria a lo largo de toda su historia; 2) con un «nombre de año» (por ejemplo, «año en el que se construyeron las murallas de Sippar»), sistema usado en el sur de Sumeria y en Babilonia hasta mediados del II milenio a.C.; 3) con el número de orden a partir del año de coronación, sistema usado en Babilonia a partir de la dinastía casita. De modo que los escribas asirios, para poder utilizar sus dataciones, compilaron y mantuvieron actualizada una lista de epónimos, y los escribas sumerios y babilonios unas listas de nombres de años y de reyes, tanto para cada dinastía como para un conjunto de ellas, hasta llegar a unas listas panmesopotámicas (como la lista real sumeria) y a las listas sincrónicas asirio-babilonias. Si pudiéramos disponer hoy de todos estos instrumentos cronográficos, podríamos reconstruir la cronología antigua: todas las eras formadas por reinados de duración precisa, además de sus relaciones de secuencia y solapamiento. Desgraciadamente, las listas nos han llegado incompletas, fragmentarias y con errores (sobre todo en las cifras), que se advierten al comparar varias listas o varios manuscritos de la misma lista, siendo esta la única forma de detectarlos. También contienen deformaciones más o menos tendenciosas: exclusión, por motivos políticos, de ciertos reyes o dinastías, colocación en secuencia mecánica de dinastías que en realidad fueron contemporáneas, al menos en parte, e inclusión de materiales míticos y legendarios (en las partes iniciales de la lista real sumeria, y también en la asiria). De todos modos, gracias a este material se ha podido reconstruir el esqueleto cronológico de Mesopotamia partiendo de mediados del III milenio (la cronología anterior es sobre todo arqueológica) hasta que se une a la cronología griega y persa a mediados del I milenio. La cronología es bastante precisa y definitiva para el periodo 1500-500; para el I milenio hay también precisiones de crónicas (sobre todo babilonias) y anales (sobre todo asirios), más detallados que las simples listas. A mediados del II milenio, las lagunas de la lista real asiria (que es la secuencia dinástica más larga y continua) y los solapamientos entre dinastías babilonias dan un *hiatus* más o menos largo, con diferencias de varios decenios para la fase histórica más antigua (2500-1500), y que naturalmente crece al retroceder en el tiempo por la acumulación de más incertidumbres e *hiati*. Se ha intentado determinar la magnitud de este *hiatus* de mediados del II milenio gracias a ciertas alusiones a fenómenos astronómicos que encontramos en textos paleobabilonios (de la época de Ammi-saduqa). Pero estas alusiones son bastante imprecisas (varios astrónomos consultados las han interpretado de distintas formas), de modo que hoy no inspiran tanta confianza. Por otro lado, se refieren a fenómenos cíclicos, de modo que desde el punto de vista astronó-

CUADRO 1. Esquema cronológico global del Oriente Próximo antiguo.

FECHAS a.C.	FASES ARQUEOLÓGICAS	SIRIA-PALESTINA	ANATOLIA	ALTA MESOPOTAMIA	BAJA MESOPOTAMIA	IRÁN
	«Revolución urbana»	Calcolítico Tardío — Colonias Uruk	Calcolítico Tardío — Colonias Uruk	Calcolítico Tardío — Colonias Uruk	Uruk Tardío 3300-3100	Colonias Uruk
3000	Bronce Antiguo I	'Amuq G			Yemdet Nasr 3100-2900	periodo Protoelamita 3100-2700
					periodo Protodinástico I 2900-2750	
	II	'Amuq H		Nínive 5	II 2750-2600	
2500	III	Ebla 2500-2300 'Amuq I			III 2600-2350	
		Sakkanakku en Mari 'Amuq J		Urkish y Nawar	Akkad 2350-2200	Awan 2350-2200
					guti 2200-2120	
	Periodo Intermedio Bronce Antiguo/Medio	amorritas 2000		amorritas 2000	Ur III 2120-2000	Simash 2050-1950
2000					amorritas 2000	
	Bronce Medio	Mari 1850-1750	colonias asirias 1900-1750	reino antiguo-asirio 1950-1750	Isin 2017-1794 Larsa 2025-1763	Sukkal-makh 1900-1750
		Yamkhad 1800-1600 Alalakh VII		Edad Oscura 1750-1550	Babilonia 1894-1595	
		«hicsos»	Antiguo Reino hitita 1650-1550	Khana	País del Mar	
1500	Bronce Tardío	condominio egipcio-mitannio 1550-1370	periodo Medio-hitita Kizzuwatna 1550-1370	hegemonía mitannia 1550-1360	casitas 1600-1150	
		condominio egipcio-hitita 1370-1190	imperio hitita 1370-1190	reino medioasirio 1360-1050		reino medioelamita
		«Pueblos del Mar» 1200				
	Edad del Hierro I	arameos 1100-720	Frigia 750-650 / Nairi	crisis asiria 1050-900	Isin II 1150-1025	
1000	II	neohititas 1100-720	Lidia 650-550	imperio asirio 900-615	varias dinastías 1025-725	
			Urartu 800-600			
	III	dominio asirio			dominio asirio 725-625	reino neoelamita 750-650
		dominio medo y caldeo			caldeos 625-539	Media 650-550
500		imperio persa (de 550 en adelante)				

mico se pueden barajar varias fechas. Como ya se ha dicho, las fechas de Hammurabi son 1848-1806 recurriendo a la llamada cronología «larga», 1792-1750 recurriendo a la «media», y 1782-1696 recurriendo a la «corta», que se diferencian por la elección de distintos ciclos astronómicos, y hoy día se consideran bastante convencionales y poco reales. En este volumen se ha adoptado la cronología media, que en los últimos decenios ha tenido una aceptación mayoritaria. Evidentemente, el problema más serio (no tanto para Hammurabi como para el III milenio) es hacer que coincidan la cronología absoluta de origen físico-químico (C 14) y la absoluta de origen cultural (textos). No es un problema fácil de resolver, dado lo convencional y en cierto modo opcional de ambos sistemas.

De todos modos, la red cronológica así obtenida se ajusta en líneas generales a la respectiva documentación, a partir de la cual se ha obtenido. Se ha conseguido establecer una red bastante densa y fiable para aquellos periodos y regiones que han proporcionado más documentos (y por tanto una cronología más precisa); en cambio, la ordenación es más imprecisa para los periodos y zonas de los que se tienen pocos datos. También intervienen factores de orden exquisitamente cultural. Por ejemplo, en la Siria del Bronce Tardío y en la Anatolia hitita, los textos jurídicos están fechados (es un decir) con las fórmulas estereotipadas «a partir de hoy» y «para siempre», por lo que su validez está vinculada a la existencia física del documento. No necesitan ninguna secuencia temporal de referencia, y son el resultado de una mentalidad peculiar que también produce textos administrativos sin fecha. Por eso los escribas de estas culturas no compilaron listas de reyes o años —¡no les hacía falta!— y, por consiguiente, nosotros tenemos dificultades para reconstruir las secuencias dinásticas y desconocemos la duración de los reinados. Pero en realidad tampoco necesitamos una cronología detallada, porque de todos modos los documentos (y los «hechos» recogidos en ellos) carecen de fecha. En líneas generales, Mesopotamia, por la abundancia de sus documentos y la precisión de sus escribas, es la región que brinda una cronología más constante y detallada, mientras que las zonas de los alrededores se apoyan en ella mediante una serie cada vez más nutrida de sincronismos, a medida que van apareciendo nuevas publicaciones.

Por último, para el estudio de concentraciones especiales de textos —los archivos que se han encontrado intactos— se utilizan métodos prosopográficos (el estudio de personajes individuales) con fines cronológicos. Y surge la necesidad de un estudio más detallado, que incluya el calendario (si los textos están fechados con mes y día). En los archivos de tablillas cuneiformes (que en esto no difieren de los de papel de las épocas posteriores) los textos se conservaban en función de su utilidad documental, y en caso contrario se eliminaban. Por eso, los textos de carácter jurídico (ventas, adopciones, préstamos, etc.) se debían conservar durante mucho tiempo, y en cualquier caso mientras tenían validez; los registros contables solían ser más efímeros, pero sus datos a veces se incluían en resúmenes (anuales e incluso plurianuales) conservados durante más tiempo.